

razón del Papa, se difunde de allí á todos los miembros del clero y la nobleza.

Para persuadirse de ello, basta visitar, en los días de la Semana Santa, el gran Hospicio de la *Trinidad de los Peregrinos*.

La grande alma de Felipe Neri, el Apóstol de Roma, fue la que concibió el grandioso pensamiento de su fundación.

En este Hospicio, que es un gran palacio, se reúnen todos los años algunos millares de cristianos, que van á Roma con el traje del peregrino y los sentimientos del penitente, á pedir el perdón de sus pecados, á venerar las sagradas cenizas de los Santos Apóstoles, y á recibir la bendición de su Pastor y de su Padre.

Allí los esperan los más altos dignatarios del clero y los más encumbrados personajes de la nobleza para recibirlos con honor, y servirles á la mesa, honrándose en ser los *criados de los pobres*.

Yo he visto, señor, á algunos miembros del Sagrado Colegio y á algunos Príncipes de Roma, vestidos con un traje humillante, y ceñido al cuerpo un gran mandil, ocupados en servir la comida de los pobres, en traer y llevar los platos y en limpiarlos después; yo he visto de rodillas, ante un pobre de mi Señor Jesucristo, al Cardenal, al Obispo y al Sacerdote; yo he visto sus manos venerables unguadas por el óleo santo, ocupadas en lavar los callosos y mugrientos pies del campesino y del mendigo; yo he visto inclinada su cabeza, en señal de reverencia, ante esa sublime dignidad de la pobreza penitente, yo he visto sus labios, que guardan inviolablemente la sabiduría y la ciencia, imprimiendo en los pies del pobre un tierno ósculo de veneración y de amor; yo he visto correr, en las mejillas de un hombre de mundo, lágrimas silenciosas, que arrancaba á su corazón la sublimidad de este espectáculo; todo esto he visto, señor; todo esto, que sólo se ve en Roma; todo es-

to, que en todas partes llama la atención, menos en Roma; pero también tuve, mientras mis ojos veían esas escenas, una visión del alma, ví á Jesús, peregrino por el mundo, y representado por sus pobres, pidiendo pan, vestido y albergue, y ví que la Caridad le salía al encuentro, con la sonrisa en los labios y las manos cargadas de presentes; esta fue una visión del cielo que me explicó los prodigios que mis ojos vieron en la tierra.

En Inglaterra, señor, sucede lo contrario. El hielo de la corte se comunica á todas las articulaciones de esa aristocracia egoísta, que gasta ingentes caudales en criar perros y caballos, mientras que MUCHOS HOMBRES SE MUEREN DE HAMBRE.

No hay necesidad de decir más.

Termino esta carta, haciendoo una pregunta; ¿por qué en vez de escribir al Papa, reprendiéndole, violando, así, todos los deberes y todas las conveniencias de vuestro estado, no escribís á la Reina Victoria, aconsejándola que se divierta un *poco menos* y atienda un *poco más* al bienestar de su pueblo?

Tócame ya hablaros de los otros dos cargos que habéis hecho á la Curia Romana.

Vuestro atento servidor

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 5 de noviembre de 1870.

*
**

CARTA OCTAVA

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

La unidad de Italia está perdida sin remedio.

Su Majestad, el Rey Víctor Manuel, le ha dado el golpe de gracia, el día mismo en que sus tropas hollaban, con la planta del conquistador, el suelo sagrado de la Ciudad Eterna.

La unidad italiana, sentenciada á muerte por la Monarquía revolucionaria, agonizará en brazos de la República, y morirá, cruel é ignominiosamente, en brazos de la demagogia.

Por el contrario, nunca estuvo más sólido, ni mejor garantido el poder temporal del Pontificado.

Es ley de la historia que las grandes reparaciones no vienen, sino después de consumadas las grandes injusticias.

La revolución italiana ha coronado su obra.

La Señora de las naciones está viuda y es de nuevo tributaria (1).

Esto quiere decir que la hora de la libertad llega.

La conciencia humana y la conciencia católica apenas pueden moverse ya, dentro del férreo círculo, que le ha trazado el Cesarismo político.

El derecho público de las naciones y el derecho natural de la humanidad, largo tiempo oprimidos por el sable de un soldado con fortuna, han de levantarse gloriosos del sepulcro mismo de sus opresores.

Y Roma era el último asilo de la libertad fugitiva y el postrer baluarte de la justicia conculcada.

Hoy, la revolución profana ese asilo sacrosanto y ataca ese baluarte invencible; esto significa, vuelvo á decirlo, que la hora de la redención está cerca.

Indudablemente, señor, no es esta la manera de pensar del mayor número.

He leído en todos los periódicos nacionales y extranjeros, adictos al liberalismo, que el poder temporal de los Papas ha caído para siempre.

(1) Trenos de Jeremías, Cap. 1. v. 1.

Numerosas fiestas, ordenadas, pagadas y dirigidas por el Gobierno de S. M. el Rey de Italia, se han hecho en todos los puntos de la península, para celebrar tan fausto acontecimiento.

Las colonias italianas, residentes en los otros países del mundo, siguiendo el ejemplo de sus compatriotas, se han adherido, por diferentes manifestaciones, á ese movimiento de júbilo de la joven Italia.

Sólo he extrañado no haber leído en *El Comercio* una palabra vuestra; una palabra de felicitación al magnánimo Rey, que, arrancando Roma al Pontificado y plantando en ella el estandarte de la *justicia* y el *derecho*, la devuelve regenerada á la *conciencia humana*; una palabra de enhorabuena á esa noble y ardorosa nación, que ha sabido realizar, con perseverancia invencible, el *grandioso pensamiento* de su unidad política.

Ya es tiempo, señor, de que llenéis este sagrado deber.

En las grandes cuestiones, que interesan á la humanidad, es indispensable oír vuestra palabra. La juventud la espera con ansia, y hasta la alegría de los banquetes, con que ha de celebrarse la *libertad* de Roma, sería más pura y más festiva, si una palabra vuestra entusiasmase los espíritus.

Así tendríamos, además, la segunda edición de vuestra carta á Mazzini.

En cuanto á mí, me tendrán por *soñador* y *visionario* Vos y todos los que están afiliados á la *secta liberal*.

Hablar de las agonías de Italia en el gran día de sus glorias, ¡oh! esto es digno de nuestras carcajadas.

Decir que está firme, y más que nunca, el poder temporal de los Papas, el día mismo en que lo pulveriza el rayo ardiente de la tempestad revolucionaria, es un fanatismo deplorable, que merece toda vuestra compasión.

Sin embargo, el tiempo se encargará de demostrar quien tiene razón, si yo, que no soy *Profeta* ni *hijo de Profeta* ó vosotros, que siempre os llamáis los *hombres del porvenir*.

Por otra parte, nosotros los católicos somos los abogados de las *causas perdidas*, y hasta *fenecidas*, *ejecutoriadas* y *archivadas*, mientras que vosotros sois los abogados de las *causas triunfantes*.

Por eso nosotros solemos estar *abajo* y vosotros soléis estar *encima*.

Pero, el triunfo definitivo nos pertenece siempre.

Leed nuestra historia, señor.

Veinte siglos de la vida de la humanidad le pertenecen.

Y, sin embargo, el principio de esta historia es una *causa perdida* y *perdida sin remedio* y *perdida para siempre*.

Así, á lo menos, lo pensaron los hombres de la época.

¿Y no lo estaba acaso la de Jesús Nazareno, Rey de los Judíos?

Traicionado por uno de sus discípulos, negado por otro, abandonado por todos los demás, maldecido por el pueblo, odiado por los Fariseos, burlado y escarnecido por sus jueces y por sus verdugos, padeció *bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado* (1).

Los *liberales* de aquel tiempo celebraron el triunfo y durmieron tranquilos, la noche que siguió al sacrificio del Justo.

Con su sangre, sellóse también la reconciliación de dos poderosos de la tierra (2).

(1) Símbolo de los Apóstoles.

(2) La de Herodes y Pilatos, que eran enemigos, y que se amistarón de nuevo el día de la muerte de Jesucristo, según se lee en el Evangelio de San Lucas, cap. XXIII, v. 12. Esto nos muestra cuán antiguas son en el mundo las alianzas de los poderes de la tierra, cuando se trata de oprimir al inocente.

Y, á pesar de todo, señor, el resultado ha sido que la humanidad adora á ese Hombre, ajusticiado en un patíbulo, que el instrumento de su suplicio es el signo de la civilización y que todos los días, cuando nace el sol y cuando el sol se pone, muchos millones de hombres dicen de rodillas, saludando al glorioso Triunfador de la muerte y del pecado; y *resucitó al tercero día* (1).

Este hecho resume nuestra historia.

Una catástrofe seguida de un triunfo; esto es lo único que hallaréis escrito en sus brillantes páginas.

Haced las aplicaciones oportunas y veréis que no andamos tan desacertados en defender las *causas perdidas*.

Por esto, señor, en Inglaterra, hemos estado al lado de Irlanda, en Rusia, del lado de Polonia, y en Italia, del lado del Papa.

Cuanto llevo dicho baste para contestar á los que me tengan por iluso y, también, para animar y esforzar á los católicos tímidos, que todo lo creen perdido, cuando una siniestra nube oculta, por un momento, el sol de nuestras glorias. Semejantes á los Apóstoles, que llenos de pavor y espanto, decían á su divino Maestro, cuando zozobraba el barco combatido por las olas: "Sálvanos, Señor, perecemos", merecen el dulce reproche de Jesús: "Hombres de poca fe, ¿porqué teméis?" (2).

Sirva, también, de introducción á cuanto tengo que deciros acerca del poder temporal de los Papas, en respuesta al cargo que, sobre este punto, habéis formulado contra la Curia Romana, en el quinto acápite de vuestra carta.

Y ya que los acontecimientos, realizados última-

(1) Símbolo de los Apóstoles.

(2) San Mateo, cap. VIII, v. 25 y 26.

mente en Roma, son de interés universal y tienen tan estrecha é íntima conexión con el asunto, que el orden mismo de vuestras acusaciones me impone tratar, no tendréis á mal que me ocupe, en esta carta, de la sacrilega invasión del estado Pontificio, recientemente consumada por la revolución italiana.

Aquí, como en todas las cuestiones, hay dos cosas que considerar, el fondo y la forma.

Pues bien, en cuanto al fondo, afirmo que la ocupación armada del territorio pontificio, es un acto sacrilego, injusto y desleal; lo cual equivale á decir que se han conculcado las leyes de la religión, del derecho y del honor.

En cuanto á la forma, ha sido la única que la revolución emplea siempre para cubrir sus infamias: la más refinada hipocresía.

Oblígame á tratar este último punto la *candidez*, con que muchas gentes, bien intencionadas, por otra parte, y hasta adictas á la Iglesia y al Papa, han calificado de *moderados*, *respetuosos* y hasta *sumisos* los documentos principales, con que la diplomacia revolucionaria ha cubierto su horrible atentado, esto es: las instrucciones dadas por el ministerio al conde Ponza di San Martino, enviado cerca del Padre Santo para notificarle el robo de sus estados; la carta de S. M. el Rey de Italia al Sumo Pontífice Pío IX, destinada á decirle que manda 60 mil soldados para que derriben su trono, pero que no lo hace sino con el *santo propósito de proteger á la Santa Sede, de procurar su gloria y de asegurar su independencia*, y, por último, la circular del ministerio á los Obispos del Reino, participándoles el crimen, recomendándoles que ni ellos ni el clero protesten contra él y amenazándoles con graves penas, si se tomasen la libertad de hacerlo.

Preciso es—y me urgen á ello los sacrosantos intereses de la religión, la verdad y la justicia—poner á la

vista de aquellos espíritus, harto candorosos y sencillos, toda la malicia, toda la deslealtad, toda la infamia de este horrible atentado; malicia, deslealtad é infamia, no atenuadas, sino notablemente agravadas por las formas innoblemente hipócritas, con que están cubiertas.

Sucede, en esto, lo mismo que sucedió con vuestra carta.

Hubo gentes que la llamaron moderada y hasta humilde; sin embargo, yo he procurado demostraros que contenía muy graves ultrajes y era el fruto de una soberbia heretical.

Deplorable es, ciertamente, que se vaya perdiendo el criterio de lo justo y de lo honesto, y que invada las clases altas de la sociedad la imperdonable ligereza de juzgar de las cosas, por sus más pobres apariencias.

Entremos en materia.

I

No debéis ignorar, señor, que hay cosas sagradas y derechos sagrados.

Profanar las unas ó atacar los otros es hacerse reo del enorme delito de sacrilegio.

Esas cosas y esos derechos pueden ser sagrados, *en sí mismos*, si se ordenan directamente al culto de Dios; ó sagrados, *por participación*, si sólo de un modo indirecto se refieren al servicio divino. Mas, estos diferentes modos de considerar el carácter sagrado de los derechos ó de las cosas, en nada afecta á la naturaleza misma de la infracción de la ley religiosa, que los protege, y sólo sirve para calificar la mayor gravedad del delito.

Ahora bien, el territorio, que forma el patrimonio de San Pedro, es una cosa sagrada, 1º porque es un

bien eclesiástico, siendo, como es, una verdadera propiedad de la Iglesia; 2º porque está afecto y necesariamente conexo con un gran interés de la Religión; á saber: la independencia del Pontífice, en el ejercicio de su Apostólico ministerio, la inviolabilidad de su Sagrada Persona y el decoro propio de su augusto carácter.

Luego, invadir y someter por la fuerza el territorio pontificio á una dominación extranjera es un verdadero delito de sacrilegio, porque es la profanación de una cosa sagrada.

Aún á riesgo de escandalizar á cierta clase de *católicos á la moda*, no temo decirlo muy claro y muy alto: este crimen es de la misma naturaleza que la profanación de los templos, de los cementerios ó de otros lugares sagrados.

En cuanto al derecho, que los Papas tienen al Principado civil de la Iglesia, no puede caber duda sobre su carácter sagrado, y esto, por las razones siguientes: 1ª porque este derecho está necesariamente ligado con su carácter de Jefe universal de la Iglesia católica; 2ª porque la potestad espiritual del Sumo Pontífice tiene en él una sólida y eficaz garantía, y 3ª, porque el Catolicismo, como única Religión legítima de la humanidad, tiene perfecto é incuestionable derecho á conservar al Papa su carácter de Rey para mantener ileso su autoridad de Pontífice.

Si esto es cierto, ¿no será verdadero sacrilegio atacar, por la fuerza y la violencia, el derecho perfecto del Papa á la soberanía de sus Estados?

Harto acostumbrados, por desgracia, á las frecuentes invasiones, que la Revolución ha hecho en los dominios de la Iglesia, y sobre manera prevenidos, con las nuevas teorías sobre *soberanía popular y autonomía nacional*, no nos parece un delito tan grave el atentado de ocupar militarmente el territorio pontificio y

de arrancar al Papa, *en nombre del pueblo*, su corona de Rey.

Y esta sacrílega invasión de la Ciudad Eterna se agrava intensamente, si, avivando la luz de la fe, consideramos que Roma es el gran santuario del Catolicismo; porque allí duermen, bajo el pavimento sagrado de sus basílicas, las cenizas venerandas de los Apóstoles del Cordero, de los innumerables mártires del cristianismo, que padecieron afrentas y tormentos, por el nombre de Jesús, de las santas y generosas vírgenes, que supieron cultivar en el Jardín, siempre fresca y lozana, la flor de su pureza, de los ilustres confesores de la fe, que no se avergonzaron de anunciar el escándalo y la locura de la cruz, en presencia de los reyes y poderosos del mundo (1).

Sí; allí reposan esos restos sacratísimos, rodeados de la veneración del mundo.

De sus sepulcros, como del cáliz de una flor, se desprende el olor de la santidad, que es el perfume de las almas.

Y yo pregunto ¿cómo puede vivir la Revolución en Roma, sin que la asfixie su atmósfera?

¿Cómo puede reinar *la hija predilecta de Satán* en esa tierra bendita, que arrancó para siempre á su dominación tiránica la fuerza invencible del Catolicismo?

Sólo de un modo, profanándola.

Y las profanaciones han comenzado ya.

Hay en Roma, señor, una ruina inmensa, magnífica, sublime: el Coloseo.

Este sitio sagrado es el que la revolución ha escogido para celebrar la primera de sus fiestas.

Allí, en esa arena, que santificaron con sus pisadas y consagraron con su sangre los confesores de

(1) Salmo CXVIII, v. 46.

Cristo, ha hecho la revolución esa farsa ridícula, que, en la jerga democrática, se llama plebiscito, y que, hoy mismo, acaba de desacreditar en Europa la caída de Napoleón III, á los cuatro meses de haber recogido OCHO MILLONES DE SUFRAGIOS.

¡Un plebiscito en Roma! ¡bajo la influencia de 60 mil soldados *para proteger el orden!* he aquí el primer ejemplar de *libertad* y de *moralidad política*, que ha dado la Revolución á los romanos.

Todo será inútil, señor.

À Roma se entra; cien veces ha visto la historia un atentado semejante, pero en Roma no se permanece.

Roma es para siempre la Ciudad de los Papas.

Allí no pueden caber juntas la Majestad del Pontificado y una soberanía de la tierra.

Un Rey es demasiado pequeño para que pueda ceñir una corona allí donde el Papa lleva su tiara.

Y estas aprehensiones del porvenir no son más exclusivamente.

Los mismos periódicos revolucionarios lo comprenden así. Leed lo que escribe *La Nazione* de Florencia del 17 de setiembre: “La cuestión Romana, jamás, lo repetiremos bastante, se levanta delante de nosotros, ENTERA, INTACTA y más URGENTE que nunca, el día en que entremos á Roma”.

Razón tenía el diputado José Ferrari para exclamar, en la sesión legislativa del 17 de mayo: “Todos los que asaltan valerosamente al Papado salen mal”.

La revolución siente, á pesar de su ceguera voluntaria y de su impenitencia criminal, que no se puede tocar á Roma, sin herir el Catolicismo en la pupila de sus ojos, y que no se puede ultrajar al Anciano desarmado del Vaticano, sin provocar la cólera del mundo.

Y, en efecto, ya han llegado hasta nosotros rumores, bastante acreditados, acerca de la protesta del

Austria, de la oposición de la Prusia y de las reservas de la Francia.

Sea de ello lo que fuere; nada importa.

Dios tiene en sus manos el corazón de los reyes (1).

Recordad, señor, que la Rusia, nuestro grande y poderoso enemigo, fue la que protegió la neutralidad de Venecia para que los Cardenales eligieran á Pío VII y recordad también que la extinción del Pontificado fue jurada, en los tenebrosos consejos de la revolución Francesa.

Por eso, yo no acierto á explicarme ni la *inmoderada alegría de la Revolución*, ni la *tristeza, sin esperanza*, de muchos católicos.

Pero, ya se vé; la Revolución es *olvidadiza* ó *aparenta serlo*; y, en cuanto á nosotros, nos invade, sin sentirlo, el *naturalismo* de la época.

La providencia tiene su momento; no lo retardemos, ni con nuestras desconfianzas, ni con nuestras impaciencias.

Paso ya á ocuparme de la clamorosa injusticia, con que se ha consumado la invasión.

II

Sea el primer argumento de ella la voz autorizada de la Víctima.

Pío IX comienza su carta al general Kansler, fecha el 19 de setiembre, con estas palabras, llenas de dignidad y de fuerza: “Ahora que se va á consumir un GRAN SACRIFICIO y la más ENORME INJUSTICIA, ahora que las tropas de un Rey Católico, SIN PRO-

(1) Libro de los Proverbios, Cap. XXI, v. 1.